

GENEROSIDAD

Por ENID SPARKS

CUANDO Julia se despertó, el sol ya brillaba en el cielo azul. Los pájaros cantaban alegremente; y cuando ella se asomó por la ventana, vio las perlas de rocío que cubrían el césped.

- ¡Qué lindo día, Teodoro! -le dijo a su hermano que dormía en la pieza al otro lado del pasillo-. ¡Apúrate a levantarte!

Al escucharla, su hermano Teodoro se levantó de un salto. No solamente no quería perder ese lindo día, sino que recordó que era sábado, ¡y por nada del mundo quería llegar tarde a la escuela sabática!

Mientras se vestía, Teodoro se acordó de otra cosa. Era un sábado muy especial, porque Juanita y Roberto iban a ir con ellos a la escuela sabática.

-¿Les parece a Uds. que ellos se han olvidado? -preguntó ansiosamente Teodoro a la hora del desayuno.

-¿Quién, querido? -quiso saber la madre, que estaba llenando un vaso de leche.

-Juanita y Roberto -dijo Teodoro-. ¿Se habrán olvidado de que hoy van a ir a la escuela sabática con nosotros? Quizás todavía están durmiendo.

-¡No me parece! -se rió la mamá-. Hace rato que oí a Roberto por ahí en el patio. Se levantó antes que Uds. Y él no va a dejar que Juanita se olvide.

Julia y el papá también se rieron.

-Creo que estarán aquí listos para salir antes de que terminemos de desayunar -le dijo el papá a Teodoro.

Pero cuando terminó el desayuno, Juanita y Roberto no habían llegado. Julia comenzó a preocuparse un poco.

-Mamá, ¿puedo ir de una carrera a lo de Juanita antes de ponerme el vestido del sábado? -preguntó.

-Sí, ve -le respondió la mamá-. Pero apúrate.

Julia salió de la casa corriendo como un rayo, en dirección a la casa de sus amigos. Cuando llegó al portón vio a Juanita sentada en el porche. Estaba llorando.

-¿Qué pasa, Juanita? -le preguntó Julia.

-¡No puedo ir contigo a la escuela sabática! -le respondió aquella, sollozando-. Me derramé jugo sobre el vestido de salir.

-¡Qué lástima! -lamentó apenada Julia. Pero en seguida pensó en su vestido del sábado que estaba esperándola en la percha del ropero-. Tú puedes usar mi vestido nuevo -le dijo a su amiga-. Yo voy a usar el mio rosado.

- ¡Oh, gracias! -exclamó Juanita, y le dio a Julia un abrazo tan fuerte que casi la ahogó.

En pocos minutos todos estaban listos para salir, y los niños subieron al carro con el papá y la mamá.



Julia sabía que no estaba tan linda con su vestido rosado un poco desteñido como hubiera estado con su vestido nuevo, pero se sentía tan feliz porque Juanita podía ir a la escuela sabática, que eso no le importaba nada.

Los niños disfrutaron mucho de la escuela sabática. Juanita y Roberto gozaron al escuchar las historias bíblicas, y antes de que terminara la clase habían aprendido a cantar algunos de los cantos del sábado.

Cuando la directora del departamento repartió ejemplares de EL AMIGO DE LOS NIÑOS, no le alcanzaron para darle uno a Roberto.

-Te doy el mío -le ofreció Teodoro en seguida-. Yo puedo leer el de Julia.

De modo que todos volvieron a sentirse otra vez felices.

Cuando regresaron a la casa, la madre notó que Teodoro no tenía un ejemplar de su revista favorita.

-¿Dejaste tu AMIGO en el carro? -preguntó ella.

Teodoro sacudió la cabeza y le respondió que se lo había dado a Roberto.

La madre no le dijo nada, pero Teodoro advirtió una expresión de satisfacción en su rostro.

Ese sábado de tarde, cuando llegó la hora del culto, se reunieron en la sala.

-Hoy ha sido un día muy feliz -comentó Julia-. Quiero agradecerle a Jesús por ello.

-Por cierto que sí -dijo la mamá, rodeando con sus brazos a Julia y a Teodoro-, y creo que yo sé la razón:

Uds. dos fueron generosos con sus amigos.

El corazón de los dos hermanos rebosaba de alegría cuando se arrodillaron con sus padres para agradecer a Jesús por sus maravillosas bendiciones. ¡Cuán felices se sentían de haber vivido ese día conforme a la regla de oro!